

Del hambre al desarrollo solidario: un lenguaje duro en el umbral del Tercer Milenio

Francisco Moreno R.

El capítulo 6 del evangelio de san Juan narra cómo Jesús dio de comer a una muchedumbre hambrienta con sólo cinco panes de cebada y dos pescados. Sobró pan hasta llenar doce canastas con los pedazos que evidenciaban el hartazgo.

Al día siguiente la gente fue a buscar a Jesús quien inmediatamente percibió que, con el estómago lleno, el ánimo tiene bastante atrofiada la sensibilidad para asuntos de mayor trascendencia. Resuelto el problema del momento, el pragmatismo inmediatista renuncia a preocuparse de los temas de fondo. Así que el largo y fundamental discurso sobre "el pan de vida" debió sonarle al auditorio a música celestial. Muchos de sus propios discípulos reaccionan con un escepticismo crítico y le espetan sin mayores sutilezas: "¡Este lenguaje es muy duro!" (Jn 6, 60). A continuación se produce una deserción masiva y sin contemplaciones.

Algo parecido sucede a mucha gente, discípulos o no, que admiran y aplauden decididamente las obras sociales de la Iglesia (pensemos por ejemplo en instituciones como los comedores y Cáritas o en personas como la Madre Teresa de Calcuta) pero que, al escuchar la enseñanza social de la Iglesia y sus exigencias, prefieren olvidarla piadosamente si es que no la rechazan aduciendo también que es "un lenguaje muy duro". Con demasiada frecuencia sigue funcionando el

esquema de que las acciones caritativas de la Iglesia están muy bien con tal de que no se llegue al terreno vedado de las exigencias radicales de la justicia. Estas apuntan a eliminar no sólo el hambre sino las causas que la producen. Plantear cambios de actitudes y de estructuras es un mensaje poco agradable para muchos oídos.

Los párrafos precedentes sirven de preámbulo para introducir la presentación y el comentario del documento del Pontificio Consejo *Cor Unum* titulado *El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario*. El documento está fechado el 4 de octubre de 1996 en la Ciudad del Vaticano y lleva las firmas del arzobispo Paul Josef Cordes y de Mons. Iván Marín, presidente y secretario respectivamente del mencionado organismo de la Santa Sede. La presentación corre a cargo del Cardenal Angelo Sodano, Secretario del Estado del Vaticano. Por consiguiente se trata de un documento que expresa, con un alto nivel de autoridad, el pensamiento y el sentir de la Iglesia.

Como todo texto que se dirige a personas y naciones del mundo entero, marca pautas generales pero es importante resaltar que, frecuentemente, desciende a tratar ejemplos y situaciones concretas¹.

La presentación de los contenidos del documento en los párrafos que siguen se hará en torno a tres temas: el hambre como realidad, el desafío ético que plantea para la justicia y una propuesta de conversión en clave estructural en vista a fomentar la solidaridad como actitud básica para el desarrollo humano.

¹ Llama la atención un cierto descuido en la traducción del texto: repetidamente usa el término "destinación" en lugar de "destino" (cfr. N° 22, 24, 54). Además contiene otros errores de traducción parecidos: cuerpos "intermediarios" en lugar de "intermedios" (N° 26), evolución "ausplicable" por "deseable" (N° 36) y algunas más. No afectan al contenido pero desdican de la pulcritud de la presentación.

1. La realidad del hambre: un problema con solución

El texto parte de una doble constatación: por un lado, vemos que el hambre, la malnutrición y la inseguridad alimentaria son un hecho masivo que causa estragos en millones de personas. Por otro lado se sabe que los recursos de la tierra, considerados en su totalidad, permiten alimentar a todos los habitantes del planeta². La afirmación es clara y revela una situación escandalosa a la que nos hemos habituado: el hambre existe no por carencia de los alimentos sino por la mala distribución de los mismos. Es un problema que depende más de los factores humanos que de los de la naturaleza: "mundialmente hay alimentos suficientes para todos... el problema principal es el de un acceso desigual a esos alimentos"³. En países como el Perú está afirmación se grafica sola.

Por consiguiente nos encontramos ante una situación que plantea desafíos no sólo de orden económico y técnico sino "sobre todo de orden ético, espiritual y político" (Nº 1). De ahí que la Iglesia recuerde la interpelante sentencia de los santos Padres: "Alimenta al que muere de hambre, porque si no los alimentas lo asesinas"⁴.

Desde luego hay que tomar en cuenta que el hambre es un fenómeno complejo y creciente que existe en todos los países: "ha vuelto a aparecer en los países europeos, tanto del Oeste como del Este, y está muy difundida en los países poco o mal desarrollados" (Nº 10).

² El documento remite para este y otros datos técnicos a la *Declaración mundial sobre la nutrición*, Nº 1. Se trata del *Informe final de la Conferencia Internacional sobre Nutrición* organizada por la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) y la OMS (Organización Mundial de la Salud) en Roma el año 1992.

³ *Ibid.*

⁴ *Gaudium et Spes*, 69. La cita está tomada del *Decreto* de Graciano, C.21, dist. 86.

a) Causas del hambre

Por tratarse de un fenómeno tan complejo el documento dedica especial atención a examinar las "causas reconocibles" del hambre (Nº 9). En primer lugar se aclara que "los factores climáticos y los cataclismos de todo tipo, por importantes que sean, están muy lejos de ser las únicas causas del hambre y la malnutrición" (Nº 9). Hay un conjunto de causas (que se interrelacionan) de índole económica, sociocultural y política.

Entre las *causas económicas* están: "las malas políticas económicas de los países desarrollados,... estructuras y costumbres poco eficaces... y comportamientos deplorables en el ámbito moral" (Nº 10).

Las políticas económicas de los países desarrollados perjudican, directa o indirectamente, a todos los desfavorecidos del mundo, así como las restricciones y desórdenes en el comercio internacional. A nivel nacional, los reajustes estructurales con alto costo social y factores morales como la búsqueda del dinero, la corrupción y la insolidaridad. De todas formas "la causa profunda de la falta de desarrollo o de un desarrollo con altos costos sociales, es de orden ético" (Nº 10).

En efecto, problemas como la deuda externa y los programas de reajuste estructural tienen un componente ético inocultable: "el desarrollo de los hombres pasa a través de su capacidad de altruismo, es decir, de su capacidad de amar" (Nº 11). Las decisiones han de tomarse teniendo en cuenta "su capacidad de limitar la injusticia social" ya que ésta se halla siempre presente en los programas de estabilización. De esta forma se consigue "conservar el apoyo de la mayoría de la población, incluso de los más desfavorecidos" (Nº 12). Este es un aspecto esencial a tener en cuenta y no sólo el éxito técnico de los programas.

Hay también *causas socioculturales* en la raíz del fenómeno del hambre. Realidades sociales como algunos tabúes alimentarios, el

analfabetismo generalizado (el no saber nutrirse) y todos los factores que generan modos de vida precarios (desempleo, subempleo, etc.). En cuanto al crecimiento poblacional, la Iglesia sigue insistiendo en que "es más probable llegar a reducir un excesivo crecimiento demográfico tratando de disminuir la pobreza masiva, que vencer la pobreza contentándose con bajar la tasa de crecimiento demográfico" (Nº 15). El nivel educativo y cultural es decisivo a la hora de percibir el hijo como un don necesario. Aquí es donde transformaciones sociales como la reducción de la mortalidad infantil, por paradójico que parezca, contribuyen a disminuir el crecimiento de la población⁵. La educación de las parejas para una procreación responsable constituye igualmente un aspecto determinante.

Un tercer rubro son las *causas políticas*: a lo largo de la historia y en la actualidad el hambre ha sido utilizada como medio de comunicación política (Ucrania, Etiopía, Bosnia) (Nº 16) o de presión internacional (embargos a Cuba e Irak). La concentración de la riqueza y de los medios económicos en un sector muy reducido de población que controla el aparato del Estado y las vinculaciones internacionales; la discriminación a la agricultura y el éxodo rural que provoca; las políticas de precios nacionales e internacionales (proteccionismo y *dumping*, por ejemplo) generan desestructuraciones económicas y sociales, escasez y carestía de alimentos (Nº 18).

b) Hambre y Pobreza

La malnutrición, la desnutrición y la subalimentación son realidades vinculadas al fenómeno del hambre. Comprometen el presente y el porvenir de una población ya que traen como consecuencia la pérdida de las potencialidades físicas, intelectuales y sociales del organismo. El hambre acarrea enfermedades y muerte,

⁵ Cfr. UNICEF, *La situation des enfants dans le monde*, Genève, 1991.

sobre todo infantil. Las primeras víctimas del hambre son los pobres y, entre ellos, los más frágiles.

Se pone así de manifiesto el *círculo infame* que une pobreza y hambre: la pobreza engendra hambre y el hambre engendra más pobreza y más hambre. En las poblaciones más vulnerables se puede decir incluso que *el hambre se come el futuro* ya que la carestía hace que se consuma las semillas y se recurra a prácticas de supervivencia⁶ que provocan erosión y desertificación de suelos. En definitiva: "el hambre destruye la vida" (Nº 5).

Dos frases del documento que reseñamos resumen lo dicho: "El hambre nace, en primer lugar, de la pobreza" (Nº 10) y "El hambre no es un problema de disponibilidad de alimentos, sino de demanda solvente; es un problema de miseria" (Nº 19). Pero es un problema con solución porque, de hecho la tierra puede alimentar suficientemente a todos sus habitantes.

2. Una cuestión de justicia

Ante la realidad esbozada en los párrafos precedentes brota el desafío de enfrentarla comenzando por la necesidad de formar la conciencia en el ejercicio de la justicia distributiva y de la solidaridad humana⁷.

En última instancia el hambre es "un escándalo que ha durado demasiado" tiempo y que "constituye una verdadera deshonra para la humanidad" (Nº 5). La perspectiva ética se pone en primer plano porque hoy hay una mayor conciencia de este escándalo que ha de enfocarse

⁶ Hay prácticas de supervivencia que aumentan la pobreza como, por ejemplo, la tala de árboles y arbustos para leña de cocina. En Lima desapareció literalmente uno de los bosques de Villa en los días que siguieron a la subida de los combustibles en agosto de 1990. El hambre y la pobreza son, sin lugar a dudas, una amenaza mortífera para la ecología (humana y de la naturaleza).

⁷ Card. A. Sodano, *Presentación*.

a nivel de humanidad y con dimensión planetaria: "Si se quieren encontrar soluciones durables para el problema del hambre y la malnutrición en el mundo, es indispensable entender bien la naturaleza ética de lo que está en juego" (Nº 22).

a) Bien Común

El desarrollo del bien común -entendido éste como "el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección", según la definición del Vaticano II⁸- se sitúa en el ámbito de la libertad humana para la solidaridad e implica la justicia social en cuyo corazón se halla el principio del destino universal de los bienes.

En efecto, "el derecho de propiedad no es un absoluto, es una de las expresiones de la dignidad individual; y no es justo si no está ordenado al bien común y si no contribuye a la promoción de todos" (Nº 24). Eso significa que el dinero, las riquezas, el poder y la fama son instrumentos que han de orientarse a la consecución del bien común. Ahí es donde encuentran su legitimidad moral.

Por ello es necesaria la existencia de "cuerpos intermedios", es decir, organizaciones de la sociedad civil que no se dejen absorber por el Estado o caigan en la idolatría del mercado⁹. La coparticipación de todos es esencial, sobre todo la de los excluidos, para reintegrarlos a la comunidad. De esta forma, la justicia social es también una justicia conmutativa ya que garantiza la cohesión social y el desarrollo común. El lugar del pobre no es la periferia marginal, ha de ocupar el centro de la preocupación. Y esto no tanto por una exigencia ética o religiosa (que ya es un logro considerable) "sino como reintegración en la comunidad

⁸ *Gaudium et Spes*, 26.

⁹ El documento señala a este respecto que "la acción de los sindicatos es prácticamente necesaria, y raya en heroísmo si se comprometen a desempeñar esa función tan esencial sin dejarse destruir o absorber" (Nº 26).

misma que, sin él, tiende a desecarse y está expuesta a perderse" (Nº 26).

Una sociedad integrada y en paz supone el equilibrio de derechos "fruto de la victoria de la justicia sobre los privilegios injustos, de la libertad sobre la tiranía, de la verdad sobre la mentira, del desarrollo sobre el hambre" (Nº 28). Las sociedades no pueden constituirse sobre la exclusión de algunos de sus miembros sino sobre una justicia arraigada en la solidaridad humana y que exige al más fuerte ayudar al más débil.

b) *Justicia Económica*

En consecuencia hay que apoyar todos los esfuerzos encaminados, por ejemplo, a lograr una economía más solidaria cuyo objetivo es servir mejor a toda la persona y a todas las personas. De ahí la necesidad de establecer equitativamente los términos del intercambio comercial nacional e internacional que permitan superar problemas como el de la deuda externa (Nº 42) y aumentar la ayuda pública para el desarrollo¹⁰. Pero cuidando que no sea una "ayuda vinculada", esto es, de aquellas que obligan al país receptor a aceptar condiciones que crean dependencia y no ayudan de veras al desarrollo (Nº 45). En este sentido, las ayudas alimentarias han de considerarse sólo como una solución temporal de urgencia. Lo que hay que buscar es la seguridad alimentaria como solución permanente y para ello hay que priorizar aspectos como la producción local y una efectiva reforma agraria.

¹⁰ "Los países desarrollados reafirman sus compromisos de alcanzar la meta aceptada por las Naciones Unidas del 0,7% de su PNB para la Ayuda Oficial para el Desarrollo": *Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo*, Río de Janeiro 1992, parr. 33.13. Aquí juegan también un papel muy importante los organismos internacionales y ONG, sean de inspiración cristiana, religiosa o laica (Nº 51).

En definitiva, la falta de justicia degrada a la economía, la pervierte y la hace dañina: "toda crisis económica cuyo efecto extremo es la penuria alimentaria se presenta como una crisis de justicia" (Nº 57).

El documento precisa que la justicia y el mercado no son necesariamente realidades antinómicas: "el libre mercado puede ser un instrumento apropiado para repartir los recursos y responder eficazmente a las necesidades" (Nº 57). Por eso no se puede caer en el automatismo maniqueo de la justicia o injusticia de las estructuras y procedimientos económicos, hay que poner de relieve la importancia de los comportamientos justos. La enseñanza social de la Iglesia insiste en la centralidad de nociones como el *precio justo*. Desde el pensamiento escolástico éste es un concepto clave para que el Estado ejerza la función de tutelar el bien común que "es más importante que la simple justicia conmutativa de los intercambios" ya que "cuando los agentes del mercado no incluyen el deber de justicia social en sus opciones económicas, el mecanismo mismo del mercado disociará el precio competitivo del precio justo" (Nº 58).

La *mano invisible* del mercado requiere una conciencia no ciega sino muy lúcida para que la falta de ética no deshumanice la economía¹¹.

3. Conversión a la solidaridad

La amplitud y duración de un fenómeno como el hambre pone en tela de juicio las estructuras sociales, las decisiones políticas y los mecanismos financieros. Esto no constituye una intromisión indebida de la ética en los predios de la ciencia económica (una suerte de falacia naturalista intolerable para quienes propugnan la absoluta

¹¹ Cfr. H. Hude, *Ethique et Politique*, París 1992. El autor desarrolla estos puntos en el cap. XII, titulado gráficamente "La justice sur le marché".

independencia entre ciencia y ética, entre el *es* y el *debe*) sino algo tan elemental como el hecho de reconocer que toda actividad humana, por el hecho de ser tal, tiene una dimensión moral inherente.

a) *Amor y desarrollo*

Por eso, las indispensables transformaciones de las estructuras requieren una verdadera conversión de mentalidades y corazones para poder pasar del interés personal o de grupo a la búsqueda del bien común. Este implica la vigencia de la justicia social y el respeto al destino universal de los bienes de la tierra, la práctica de la solidaridad y de la subsidiariedad, la paz y el respeto por la creación (Nº 22).

De esta forma puede afirmarse que el desarrollo humano es en última instancia un problema ético-espiritual: lo que está en juego es la capacidad de amar. Esto no es una cuestión de sentimentalismo sino de realismo práctico que reviste enorme importancia: "el amor no es un lujo, es una condición para la supervivencia de los seres humanos" (Nº 11).

El pragmatismo político y económico con frecuencia relega la ética a la esfera privada considerándola como una traba para la toma de decisiones de gobierno. Sin embargo la solidaridad es una exigencia para todos si queremos superar la disyuntiva entre la destrucción personal y colectiva, y el desarrollo equilibrado y sostenible. El amor al prójimo está llamado a culminar en el desarrollo y en esta titánica tarea los cristianos somos convocados a dar un ejemplo en todos los niveles (técnico, empresarial, moral, espiritual) "obrando como levadura en una dura masa" (Nº 22). "La Iglesia se coloca a la cabeza de los movimientos que promueven el amor solidario, preocupándose por la persona humana en general y por cada persona en particular" (Nº 59).

Su misión, desde luego, no consiste en proponer soluciones técnicas pero sí en lanzar un amplio llamamiento con el fin de que se hagan propuestas y sugerencias prácticas capaces de contribuir a la

erradicación del hambre y de la pobreza. Con ocasión del Jubileo del año 2,000 el documento sugiere algunas propuestas concretas como el establecimiento de *reservas de alimentos* y el *reparto de tierra* para el cultivo de huertos familiares (Nº 59).

b) *A la escucha preferencial de los pobres*

Todo ello está presuponiendo el ejercicio de una actitud muy evangélica: la sensibilidad para vivir atentos a la escucha del pobre: El documento insiste reiteradamente en este punto porque lo considera fundamental: la coparticipación en proyectos de desarrollo requiere, sobre todo en los dirigentes y líderes sociales, permanecer constantemente “a la escucha preferencial de los pobres y a su servicio... aunque los puntos de vista del pobre no son ni más exactos ni más completos que los de los dirigentes, pero son esenciales para estos últimos si quieren que su acción a largo plazo no se convierta en autodestrucción” (Nº 26).

Esta escucha preferencial de los excluidos descubrirá que “el llamamiento del pobre es, efectivamente, un llamamiento al amor” (Nº 66). Por eso “aunque nuestra naturaleza y nuestra cultura se rebelan ante la pobreza... la Iglesia está con los pobres” (Nº 62).

Con los pobres y contra la pobreza: esta formulación es, tal vez, el más emblemático axioma de la teología de la liberación en América Latina, ya que en los últimos años resuena con fuerza en toda la Iglesia. De ahí que brote una espontánea sintonía con la fuerza teológica y espiritual que tienen los párrafos finales del documento, “Escuchar al pobre” (Nº 66) y “escuchar a Dios” (Nº 67) “para cambiar de vida” (Nº 69).

Hay un dinamismo progresivo desde el estar a la escucha de Dios en presencia del pobre (lo que requiere tiempo dedicado al diálogo con Dios en la oración) hasta el cambio del propio estilo de vida en el corazón y en la acción. El tiempo dado a Dios no es tiempo quitado a

los pobres, ni el tiempo dedicado a los pobres es tiempo quitado a Dios. De este modo "el cristiano se transforma en agente de lucha contra las *estructuras del pecado*¹² e incluso en agente de destrucción de ellas" (Nº 69) logrando, en unión con las personas de buena voluntad, que florezca la solidaridad, que cambien las costumbres de consumo, que el hambre y la miseria retrocedan y que se pongan en práctica las reformas que favorecen el *bien común*.

En conclusión: el hambre y la pobreza son una realidad inocultable; una realidad escandalosa, inhumana y antievangélica.

La Iglesia las asume desde el evangelio y desde la enseñanza social constante en su historia, para proponer criterios éticos que busquen erradicar las causas y consecuencias de tales fenómenos.

Por eso frente a quienes consideran que el alimento es sólo una compraventa de mercancías que tienen un costo (el precio del mercado), el magisterio en sus documentos proclama el derecho a la alimentación: la humanidad, sobre todo los excluidos y marginados, tiene un derecho inalienable a ser liberada del hambre y la malnutrición. No podemos renunciar a seguir anunciando la buena noticia de que los hambrientos serán saciados, ni a mantener la vigencia de la hermosa utopía del profeta Isaías, cuando vislumbra un tiempo en que "Dios preparará para todos los pueblos una comida con jugosos y buenos vinos, un banquete de carne y vinos escogidos" (Is 25, 6).

[Tomado de "Páginas", PERU 145 (junio 1997)]

¹² La cuestión de la dimensión estructural del pecado, de la conversión y del bien común es un tema recurrente en el documento: cfr. Nº 25, 26, 37, 43, 50, 52, 54, 56, 59. Dejamos su desarrollo para otra ocasión ya que su tratamiento requeriría sobrepasar los límites de este artículo.